

comedia, va á seguir la tragedia: en vez de champafia se deramará sangre, para que se convierta en corona de espinas, la de rosas preparada al monarca extranjero. Caiga toda esa sangre, gota á gota, sobre la cabeza de los que han iniciado, fomentado y desarrollado, el plan inicuo de la intervencion.

LA CUESTION EXTRANGERA.

San Luis Potosí, Agosto 18 de 1863.

Las últimas noticias recibidas, tanto de Europa como de los Estados-Unidos, son en alto grado favorables á la buena causa que defienden los mexicanos amantes de su independencia.

Se sabe ya de una manera positiva, que la derrota del gobierno frances en varios colegios electorales, no solamente ha sido completa, sino ademas muy significativa, por las circunstancias especiales que han concurrido en el caso.

A treinta y tres asciende el número de los candidatos de oposicion que han triunfado de los ministeriales, á pesar de haber empleado el poder los recursos todos de que dispone en abundancia, para falsear la voluntad nacional. Los treinta y tres tribunos electos ya, verán aumentar su número con otros dos, por haber sido doble la eleccion de Favre y Havin, y tener que repetirse en los distritos que han quedado sin representacion. Los nuevos candidaros del partido liberal para esas vacantes, eran Odilon Barrot, Garnier Pagés ó Dufaure. Se dá por seguro tambien, que á los treinta y cinco

votos definitivos de la oposicion, se irán uniendo otros varios de los indecisos y flotantes, luego que vean de qué lado sopla el viento.

Mas que por su importancia numérica, es notable por el mérito individual de los diputados que la forman, la falange que va á combatir por las libertades de la Francia, por lo que allí llaman la *coronacion del edificio*, prometida en vano hace tanto tiempo. A los nombres ya mencionados en nuestra revista anterior, podemos agregar otros no ménos ilustres, como el de Marie, miembro del gobierno provisorio de 1848; como el de Julio Simon, el acreditado autor de varias de las obras filosóficas modernas mas estimadas. En suma, los nuevos legisladores de que hablamos, son todos verdaderas notabilidades, á cuyas opiniones y sufragios puede aplicarse el *non número, sed pondere*, como dice el "Correo de Ultramar."

Las consecuencias que se deducen del nombramiento de tales personas, son bien desfavorables al gobierno imperial, no tanto por haber sido derrotado en una lucha que tomó el mas vivo empeño en sostener, cuanto por haberlo sido donde ménos lo esperaba, y especialmente en Paris, en cuyos nueve distritos no pudo sacar uno solo de sus candidatos. Se mejante desaire de la capital de la Francia, foco principal de ilustracion y de influencia, es un golpe terrible, despues de todo lo que ha hecho Napoleon, en mejoras materiales, por captarse la simpatía de los parisienses.

Lo que para nosotros tiene mas interes en la cuestion, es el hecho de que los candidatos triunfantes marcaron en lo general en sus programas ó declaraciones de principios políticos, la opinion de que la guerra de México es injusta en su esencia, innecesaria y gravosa para la Francia. Cuando desde lo alto de la tribuna parlamentaria se proclamen estas doc-

trinas por voces elocuentes y autorizadas, su efecto será eficazísimo contra la empresa atentatoria que ha traído la desolacion al suelo mexicano.

Al grito de la conciencia pública, que reprueba cada día mas la flagrante violacion cometida en perjuicio nuestro, del principio mas importante del derecho internacional, que es el de no intervencion, se unirá el disgusto que causa la preferencia de una guerra sin motivo justificado, sin plan fijo y sin posibilidad de resultado plausible, sobre la guerra de Polonia, que sí es aceptable y popular en Francia. Los gabinetes europeos siguen contrariando en esta materia la opinion pública, contentándose con débiles é insuficientes peticiones dirigidas al czar Alejandro para que se suspendan las hostilidades y se dé una organizacion imperfecta al reino insurreccionado, cuando lo que los pueblos quieren es, que por la fuerza de las armas se devuelva su autonomia á una nacionalidad destruida por el atentado mas horrible del siglo décimo octavo, y se liberte á los heróicos polacos de los inauditos excesos y crueldades que están cometiendo los rusos. No obstante las contemporizaciones meticulosas de las cancillerías, se va generalizando en Europa la creencia de que el rompimiento llegará á ser inevitable. Así lo considera sin duda la misma Rusia, cuando sigue haciendo preparativos mas formidables que los de la campaña de Crimea.

A fines de Junio hubo en el gabinete napoleónico un cambio de notoria importancia, dejando de ser ministros Persigny, Walewski, Delangle, Rouland y Rouher, que desempeñaban las carteras del interior, de Estado, de justicia y cultos, de instruccion pública y de fomento. ¿Qué significacion tiene este cambio? Aunque no se sabe á punto fijo, se presume con verosimilitud, que la separacion de los dos primeros ministros nombrados, que es la verdaderamente notable,

ha procedido, respecto de Persigny, de una especie de castigo que se le aplica, por el celo tan exagerado como infructuoso que desplegó en su desgraciada campaña electoral; y en cuanto á Walewski, de que siendo polaco de nacimiento, habia tomado, por aliviar la desgraciada suerte de sus compatriotas, un empeño que no era por el momento muy del agrado del emperador, sin embargo de ser conforme á los deseos del país.

De los secretarios del despacho que han quedado en el gabinete, los de mas valor son Drouyn de L'huys, encargado del despacho de relaciones exteriores, y el célebre Fould, del de hacienda. Sabido es que el último personage, de grande importancia é influencia, opina abiertamente en contra de la guerra de Rusia y de la de México, por el trastorno completo que cualquiera de ellas ha de introducir en sus planes financieros. Su permanencia en el poder es, por consiguiente, una garantía indudable de que habrá en el ministerio quien esté abogando sin cesar por una política pacífica, á la que acabará probablemente por adherirse el mismo Napoleon, que llamó á su lado á ese consejero en un momento de conflicto.

De los cinco funcionarios que han sustituido á los ministros salientes, dos son bien conocidos: Baroche, que estaba de presidente del consejo de Estado y que sostenia con su hábil elocuencia en las cámaras las leyes y planes de Napoleon, y nuestro terrible enemigo Billault, con quien tantas veces han tenido que habérselas los defensores de México. Los otros tres, aunque no destituidos de mérito, son poco conocidos, y nadie los hubiera creído destinados á figurar en política en tan elevados puestos. Se llaman Boudet, Duruy y Béhic. El primero fué en un tiempo orleanista furibundo y protestó contra el golpe de Estado, adhiriéndose despues

á las instituciones imperiales. El segundo es autor de varios compendios de historia sagrada y profana, de no escaso mérito. El tercero es muy dedicado al estudio de los ramos enlazados con la agricultura y el comercio.

Han visto ya la luz pública los partes del general Forey relativos al sitio de Zaragoza, á la accion de San Lorenzo y á la ocupacion de la plaza asediada. De las operaciones de los sitiadores la mas vigorosa fué la del ataque de Santa Inés, de cuyo punto fueron gloriosamente rechazados. El general enemigo confiesa el descalabro que sufrió, si bien para atenuarlo disminuye considerablemente sus pérdidas. Grande es tambien el empeño que manifiesta en atribuir el vigor de la defensa de los sitiados á la demagogia europea, dando á entender que dentro de las murallas de la plaza habia un crecido número de aventureros procedentes de diversos países de Europa. El error, voluntario ó involuntario, cometido al expresarse este concepto, es patente para cuantos están al tanto de la verdad de las cosas. No llegaban á veinte los extrangeros que se encontraron entre los defensores de la ciudad. El jóven Smith, que tanto se distinguió en San Javier, lleva un nombre inglés, pero es natural de este país, calumniado en todos sentidos. La gloria, grande en verdad, de la defensa de la moderna Zaragoza, es por lo mismo exclusivamente de los mexicanos, á quienes en vano se trata de arrebatár, á impulsos del sistema desleal de negarles todo mérito. Al hablar Forey de la ocupacion de Puebla, confiesa la escasez de víveres que, unida á la de municiones, produjo la rendicion. Confiesa tambien que la guarnicion se batió valerosamente. Procediendo del gefe sitiador, son importantísimas estas declaraciones, con las que se cierra la boca á los menguados que se obstinan en desconocer el heroismo de la defensa.

La inesperada dilacion del sitio estaba ocasionando ya en Francia terribles alarmas. Si surtida la plaza de todo lo necesario para sostenerse, hubiera obligado al ejército imperial á levantar el campo, el golpe hubiera sido terrible para un gobierno efímero, al que solo sostiene el prestigio de la gloria militar. Llegó, pues, en el momento mas angustiado, cuando circulaban precisamente noticias desfavorables para Forey, el anuncio de la ocupacion de la ciudad vencida por el hambre. Sustituyendo el regocijo al pavor, se solemnizó con toda especie de demostraciones de contento, la oportuna nueva que devolvía á los ánimos su perdida tranquilidad. Estas muestras de júbilo se han reproducido donde quiera que ondea la bandera francesa. Algunos soberanos europeos han felicitado tambien al emperador por el buen éxito del sitio de Puebla. Todo esto es, bien considerado, halagüeño para nosotros. Cuando tanta importancia se dá á la ventaja obtenida sobre el ejército mexicano, sobre el gobierno constitucional, no cabe prueba mas inequívoca de que, léjos de que uno y otro sean considerados como enemigos despreciables, ántes bien, se conoce lo que pesan en la balanza de la nacionalidad mexicana.

Los comentarios de los periódicos han venido á confirmar ese concepto. General ha sido el aplauso de los meritorios hechos de nuestros soldados. El *Times* de Lóndres dice, que los mexicanos han dado pruebas de una obstinacion, que muestra cuán dignos son de conservar su independencia y nacionalidad. El *Temps* de Paris opina que, al destruir el general Ortega, hasta donde le fué posible, y en virtud de una de esas resoluciones desesperadas que sugiere á las almas enérgicas el patriotismo en la última extremidad, las armas, el material y los recursos que iba á perder, consumó uno de esos actos cuyo recuerdo guarda la historia

asombrada. La *Iberia* de Madrid pregona, que cada fuerte tomado señala una heroica defensa, y que cada casa y cada calle ocupada son una muestra de que los mexicanos no se han olvidado de que son españoles; y habla de la heroicidad, el civismo y la abnegacion de que han dado pruebas. Por este estilo han sido las observaciones de los demas diarios, conviniendo todos en el relevante mérito de la conducta observada por el ejército mexicano.

Con la ocupacion de Puebla se creyó por los ilusos, y mas ha de haberse creído con el abandono de México, que la guerra estaba terminada, ó cumplida, como decia Forey, la primera parte de su mision. Cuando se sepa que tal creencia es equivocada, que la guerra no hace mas que comenzar, y que se prolongará indefinidamente si se trata de sojuzgar al país, renacerá la alarma que empezaba apenas á calmarse, cundiendo de nuevo el desaliento en caso de que Napoleon se obstine en una empresa impopular, ruinosa para un tesoro que reporta ya una deuda inmensa y un gasto anual de dos mil millones de francos. La única salida posible para el emperador es, como no nos cansaremos de repetirlo, y como lo clama ya tambien la prensa europea, aprovechar las ventajas obtenidas para celebrar un tratado honroso, obsequiando así las aspiraciones de la opinion pública, á la que se ha halagado por principio de cuentas, con la formacion de un gabinete de tendencias pacíficas.

Para apoyar esa juiciosa resolucion, contribuirán no poco los espléndidos triunfos alcanzados por las armas federales en los Estados-Unidos.

El general Grant se ha apoderado de Wicksburgo, despues de un sitio de cuarenta y siete dias, muy semejante al de la Zaragoza mexicana. Terminado tambien por la falta de provisiones de boca y guerra despues de una memorable re-

sistencia, ha dejado como trofeos, en poder de los vencedores, mas de 130 cañones, 50,000 fusiles, un inmenso tren de campaña, y 27,000 prisioneros. A la vez ha sido derrotado Lee, el mejor de los generales del Sur, por Meade, en una sangrienta batalla de tres dias de duracion, en que sufrió pérdidas enormes el ejército separatista, cuyos restos se verán obligados seguramente á capitular, por no serles posible repasar el Potomac, eludiendo la tenaz persecucion de que son objeto. El fuerte de Hudson ha sucumbido ya tambien, haciendo su pérdida, en union de la de Wacksburgo, dueños á los guerreros del Norte, de todo el curso del Missisippi. Por último, Richmond, la capital de los Estados confederados, amagada de cerca por el general Dix, incapaz de una defensa para la que Jefferson Davis llamaba con ahinco á las fuerzas de Lee, derrotadas ya y destruidas, debe haber sucumbido á la fecha. Tal serie de acontecimientos, favorables á la causa de la Union, les dá, por la importancia inmensa que tienen en conjunto, el carácter de decisivos.

Ahora, la influencia que van á ejercer en las ulteriores disposiciones de Napoleon III, no puede ser dudosa para quien sabe que no se hubiera llevado á efecto la invasion de nuestra patria, á no haber sobrevenido la lucha titánica de la gran república del Nuevo-Mundo. Maquiavélicamente se aprovechó la contienda civil que tanto daba que hacer á los defensores de la doctrina de Monroe, para una empresa á que indudablemente se hubieran opuesto, en caso de tener libres y expeditos sus elementos naturales. Las inmensas ventajas que los últimos sucesos del teatro de la guerra han dado al gobierno de Washington, no solo vuelven á colocar la cuestion en el terreno desfavorable para la política europea de intervencion, sino que hacen infinitamente mas temible la oposicion de los norteamericanos, como

que cuentan ahora con formidables elementos de guerra, de que carecian ántes de que se interrumpiera la paz que por tanto tiempo disfrutaron. De tan graves consideraciones se desprende la deducccion de que, basta la marcada preponderancia de las armas federales, para que el emperador Napoleon amaine en sus planes usurpadores.

Pero nadie cree que no tome parte directa en contrariar los el gobierno de Lincoln, cuando la guerra de México se ha emprendido por el imperial, con el ánimo, declarado ya, de hostilizarlo; cuando á la sombra de las bayonetas francesas se ha proclamado una monarquía, que sería un amago perpetuo para nuestros vecinos; cuando no es un misterio que Napoleon estaba ya á punto de reconocer á los Estados Confederados, á cuyo fin queria contar con la cooperacion de la Inglaterra. Semejante aglomeracion de agravios podría pasar como inadvertida, mientras no era prudente complicar la cuestion interior con una guerra extranjera; no ahora que la suerte de los combates se ha declarado en favor de los unionistas, de una manera tan marcada.

Tan claras son estas consecuencias, que todos las han sacado á la vez en México, llenándose de júbilo los liberales, no porque necesiten de auxilio extraño para triunfar, sino porque siempre es bueno contar con toda clase de elementos para el buen éxito de la contienda. Los traidores, por el contrario, se sienten sobrecogidos de un terror indecible, al encontrar un nuevo y poderoso obstáculo para sus planes parricidas. Tampoco á los franceses ha podido ocultarse la gravedad de la situacion, en términos de que la *Estafette*, órgano reconocido de la intervencion, ha confesado la probabilidad, ó mas bien la seguridad, de que los americanos del Norte se presenten un dia en la orilla izquierda del Bravo. Como "medida de precaucion, aconseja el periódico

citado, la ocupacion de Matamoros, de Guaymas y de Mazatlan, así como la sobrevigilancia armada de las dos costas y de la frontera, olvidándose no mas de que, para medidas de tal magnitud, se necesitaria un ejército cinco veces mayor que el existente en la república, el cual, por confesion de su gefe, es impotente para auxiliar á las poblaciones intervencionistas de las inmediaciones de la capital.

Si no mienten las últimas noticias recibidas de Washington, cuyas fechas alcanzan hasta el 15 de Julio, se trataba ya de enviar á nuestra frontera un cuerpo de ejército respetable, que estuviera á la mira de las operaciones de los franceses. La opinion pública seguia ademas cada vez mas pronunciada en nuestro favor; de manera que, mientras, en Richmond se celebraba con iluminaciones la toma de Puebla, en Nueva-York se rompian á pedradas los vidrios de las tres únicas casas (y por cierto que eran de franceses), iluminadas para solemnizar la noticia.

Expuesto ya el precario estado que en el exterior guarda la intervencion francesa, veamos ahora los inconvenientes, las trabas, las complicaciones diarias, que la hacen imposible en el país invadido.

Tras del ridículo fantasma del poder nacional, que se denominó primero "triunvirato," y que lleva hoy el pomposo nombre de "regencia del imperio," quien manda real y verdaderamente es el general en gefe del ejército invasor, por sí ó por medio de sus agentes especiales. O bien dicta las reglas que se han de observar en cada materia, ó se consulta su conformidad ó beneplácito para cuanto se pone por obra. Cuando alguna vez se decreta alguna disposicion sin su previo consentimiento, por considerarla llana y secundaria, si no merece su aprobacion, se canta una vergonzosa palinodia. El pupilage mas humilde, la adulacion mas baja, la

abyeccion mas afrentosa, el servilismo mas degradado, son los rasgos característicos de esas postizas autoridades mexicanas, que han perdido todo decoro y pudor.

Hechos diarios, de pública notoriedad, han estado confirmando la exactitud de los conceptos expresados, como lo comprobará una breve reseña de algunos de esos actos escandalosos.

Llama desde luego la atencion, el insolente descaro con que la *Estafette*, clarin de los invasores, insulta incesantemente, en la capital de la república, en el seno del partido intervencionista, á todos los mexicanos. Los ultrages mas atroces, dirigidos en el lenguaje mas ofensivo, se les prodigan á manos llenas por el audaz escritor, digno émulo de los difamadores de oficio. La prensa intervencionista, no solo no lo contiene, sino que aplaude y reproduce sus violentos ataques contra toda la sociedad. Los llamados funcionarios públicos callan tambien, sin atreverse á defender al país de los insultos de mala ley con que se denigra á la sombra de la impunidad.

Una sola vez se mostró quisquillosa la regencia, y no fué en una de las innumerables en que se ha insultado á la nacion entera: fué, sí, cuando incurriendo Barrès en una de sus eternas contradicciones, proclamó un dia dos de los grandes principios de las sociedades modernas, dos de las conquistas de nuestra revolucion: la supremacia del poder civil y la libertad de cultos. Asegúrase que llegó á estar redactado el apercebimiento contra el propagador de esas máximas, calificadas de heregías por el partido ultramontano; pero Forey no permitió que se empleara esa reprimenda contra su favorito, á quien se contentó con dirigir una carta amistosa, negándose á prohijar oficialmente dichos principios, tan ensalzados en teoría en su manifiesto.

Poco despues fué interpelada la *Estafette* por el *Pájaro Verde*, para que dijera hasta dónde llegaban las facultades de las autoridades intervencionistas, y cómo y hasta cuándo se podría contar con el apoyo del ejército frances. El periódico interpelado tuvo la desvergüenza de contestar: que la regencia estaba obligada á la observancia del programa trazado por el general invasor, sin que esta declaracion tan humillante provocara oposicion alguna.

Luego se inculcó por el mismo Barrés á las poblaciones que habian pedido auxilio contra los guerrilleros, de que no se defendian ellas mismas. En un artículo en que se tropezaba la fábula con la historia, las ranas y las liebres con Sartorio, se revelaba á los que han tenido el candor de esperar apoyo de la intervencion, que esta no les impartirá mas auxilio que el del consejo de que se defiendan por sí solas, la advertencia de que no se hagan ranas, para no ser asustadas por las liebres; en ese artículo, decimos, adoptado como suyo por el general Forey, se volvió á insultar atrozmente á los mexicanos, sin que nadie tomara su defensa.

Obedeciendo la regencia al espíritu de fanatismo del bando teocrático que representa, mandó que no se trabajase los dias festivos, cerrándose los establecimientos de comercio é industriales. Disgustado el tutor con tal determinacion, quiso que se revocase. Las explicaciones de que se trataba de un negocio de poca importancia, de que en nada concernia al ejército frances, de que iba á ponerse en ridículo con su derogacion la autoridad que lo habia expedido, no fueron parte para sostenerlo. Hubo, pues, necesidad de resignarse á hacer un papel degradante. El decreto fué derogado, alegándose, para salvar las apariencias, pretextos fútiles que á nadie engañaron, ni evitaron la rechifla de una vergonzosa palinodia.

Idéntica fué la suerte que corrió la orden dada para que no se siguiera edificando en los lugares ocupados por los extinguidos conventos de monjas. No contento Budin con que se hubiera expedido, dispensó su cumplimiento, teniendo en seguida sus autores que revocarlo, con la humildad y mansedumbre de que están dando tantas pruebas.

En el estado de interdiccion en que se hallan, no pueden disponer de un solo peso. Acuden los pensionistas del erario por algun auxilio á los regentes, y ellos los despachan con Forey, como el único que tiene facultades para atenderlos. Pasan á la Aduana el presupuesto de sus gastos, y allí les exigen el Vº Bº de Budin, sin el que está prohibido hacer exhibicion alguna. Se ocurre entónces al Pedro Recio frances para que ponga el *dése*, y él no lo hace sino despues de tachar las nueve décimas partes de las partidas presupuestadas. En cambio de esta sujecion inconcebible, se dispone de los fondos mexicanos, sin auencia de la llamada autoridad suprema, para gastos tan escandalosos como el ajuar de la casa ocupada por Forey, en el cual se invierten veinte mil pesos, con cargo al tesoro nacional, que demasiado pagado queda con el honor de amueblar el alojamiento de tan ilustre huésped.

Con el objeto de proporcionar los recursos necesarios para el sostenimiento del nuevo orden de cosas, se pensó en pedir á los capitalistas sujetos al suave yugo intervencionista, un préstamo de un millon de pesos, en exhibiciones de doscientos mil mensuales, bajo la garantía de la intervencion, y con el premio de un siete por ciento anual. La convocacion de las víctimas se hizo, no por la regencia ni por el subsecretario del despacho de hacienda, sino por Budin, el factotum de Forey para las medidas financieras. Como la combinacion no tuvo lugar por la negativa absoluta de los convo-